

MOIRA BUFFINI

MELODÍA DE LUZ

TRILOGÍA DE LA ANTORCHA. LIBRO I



Traducción de
Pilar Ramírez Tello

GRANTRAVESÍA

MELODÍA DE LUZ

Título original: *Songlight*

Todos los derechos reservados a © Moira Buffini, 2024

Publicado por primera vez en inglés con el título de SONGLIGHT por Faber & Faber Ltd., Londres

Traducción: Pilar Ramírez Tello

Mapa e ilustraciones: © 2024, David Wyatt

D.R. © 2024, Editorial Océano S.L.U.
C/ Calabria, 168-174 - Escalera B - Entlo. 2ª
08015 Barcelona, España
www.oceano.com

D.R. © 2024, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

Primera edición: 2024

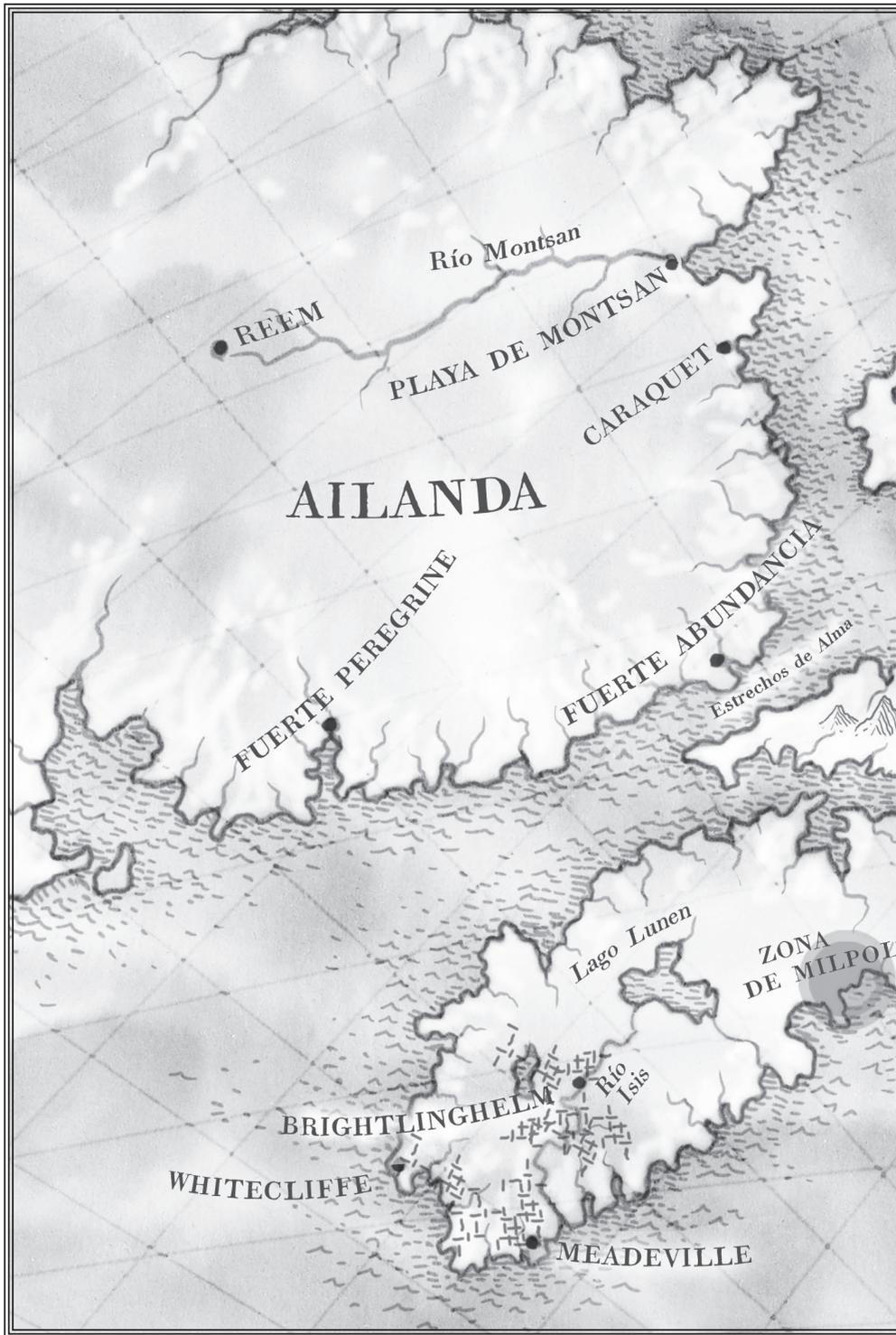
ISBN: 978-84-129087-4-9 (Océano España)
ISBN: 978-607-557-915-3 (Océano México)
Depósito legal: B 22278-2024

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005882011224

Para Midie



Río Montsan

REEM

PLAYA DE MONTSAN

CARAQUET

AILANDA

FUERTE PEREGRINE

FUERTE ABUNDANCIA

Estrechos de Alma

Lago Lunen

ZONA DE MILPO

BRIGHTLINGHELM

Río Isis

WHITECLIFFE

MEDEVILLE

MAR de SIDÓN



NORTHAVEN

Río
Borgas

MERCADO
DE BORGAS

BRILANDA
LA ESPESURA

GRAN OCÉANO PALÁNTICO

50 Millas



Siempre en pos del equilibrio,
concédenos sabiduría
para guiarnos en la creación.

Antigua plegaria a Gala.
Fragmento del *Libro del Infortunio*.

PRÓLOGO

KAIRA

Voy a salir de mi dormitorio por última vez. No puedo llevarme nada conmigo, ya que se supone que es un día de compras normal. Me pongo el abrigo. Llevo años sin cambiarlo, y me avergüenza que me asomen los brazos, tan largos, por las mangas, como las suaves garras de un polluelo. Me miro en mi espejito. Después de hoy, no volveré a hacerlo. Tengo diecisiete años, aunque nadie lo diría. Soy pequeña para mi edad, la enfermedad me ha dejado en los huesos y sigo plana como una tabla. Las gafas gruesas no ayudan. No me atrevo a pensar en lo que estoy a punto de hacer. El corazón me late con fuerza contra las costillas.

«Deja de pensar —me digo—. Vete ya». Cierro la puerta del cuarto al salir.

Me llega el olor a col y jamón. En la cocina, mi última madre está cocinando. Me consuela pensar que no tendré que probar de nuevo su pastosa comida.

—Me voy al mercado —aviso.

Ishbella levanta la vista. Cuando llegó a nuestra casa era elegante, lucía vestidos tiesos con pliegues afilados como cuchillas y siempre se pintaba los labios de rojo. Ahora parece

cansada y gastada, y todo lo que digo le chirría como una uña en una pizarra.

—¿Qué pasa con las botas de tu padre? —pregunta.

—Ya he terminado —sonrío, y señalo un par de botas militares relucientes.

—Tráeme una lata de pasta de pollo —dice.

—No —respondo para mí. Y me voy.

El aire fresco me golpea. Es embriagador. El viento sopla a mi alrededor de camino al mercado, aunque ése no es mi destino. Voy a escapar.

Envío una fronda mental al aire, como me ha enseñado Cassandra. Una única nota solitaria de melodía de luz enviada con suma precisión. Noto que toca su espíritu.

—Estoy de camino —le digo.

Siento que la presencia de Cassandra se ilumina al dejarme entrar en su consciencia. Por un momento, veo el mundo a través de sus ojos. Está saliendo del trabajo, camina por el pasillo hacia la entrada del hospital. Pasa junto a un médico veterano y lo saluda con la cabeza.

—Buenas noches, enfermera —le oigo decir.

Cassandra sale del edificio. Camina con elegancia, con un paso ligero y ágil, muy distinto al de mi cojera. Cuando estoy con ella en la melodía de luz, siento una felicidad tan repentina e intensa que me resulta casi doloroso. Bañarme en su luz... Es como vivir el perfecto día de verano.

Cuando estaba en el hospital, Cassandra fue la enfermera que me salvó la vida. Percibió mi melodía antes de que yo me atreviera a darle nombre.

«Sabes lo que eres, ¿verdad?», me preguntó sin usar la voz, aunque la oí perfectamente. Contesté del mismo modo.

«Una inhumana».

«No —contestó ella—. No uses nunca esa palabra. Eres una antorcha».

Ahora veo los charcos de luz de la explanada delante de ella. Las grandes turbinas de la ciudad giran con la brisa y se alzan sobre ella como un bosque de metal.

—¿Recuerdas cuál es el punto de encuentro? —pregunta.

—Sí, estoy lista.

Percibe que tengo el pulso acelerado, mi inquietud.

—La libertad no es fácil. Es peligrosa. Pero es lo correcto.

—¿Adónde iremos? —pregunto.

—Es mejor que no lo sepas. No tengas miedo, pajarito.

—No lo tengo.

Desearía que no me llamara «pajarito». Sé que lo hace por seguridad, que no debemos decir nuestro otro nombre, ni siquiera en la melodía de luz, por si alguna sirena está escuchando. Pero ese «pajarito» me hace sentir como si fuera una niña, como si tuviera que cuidarme.

Ante mí se alza la estación de tranvía, construida al imponente estilo de los Hermanos. Subo despacio al andén, poniendo cuidado en cada paso. Empiezo a cansarme, así que me paro a recuperar el aliento. Cada día estoy más fuerte, pero la fiebre consuntiva ha dejado huella: me canso muy deprisa y tengo la pierna derecha un poco más flaca que la izquierda. Algunos días me duele tanto que necesito bastón. Sin embargo, tengo más suerte que otros. Al menos, he sobrevivido.

El andén está abarrotado, hay ciudadanos a ambos lados de las vías. Intento no mirar al inquisidor que está en lo alto de la escalera, con su uniforme oscuro. Paso junto a él intentando parecer lo más sumisa posible y recorro el andén. Por fin veo que llega Cassandra. Ella también pasa junto al inquisidor y me

guiña un ojo. Siento una alegría reluciente. Lo cierto es que seguiría a Cassandra hasta el fin del mundo.

Pienso en los días que pasaré a su lado, y esa luz se convierte en un resplandor que me calienta y me inspira valor. Ya no estoy inquieta.

Voy a ser libre.

De repente, pienso en mi padre y me siento un poco mal, pero el esfuerzo de ocultar quién soy es ya insoportable. Soy consciente de que mi secreto habría salido a la luz tarde o temprano, y de que mi padre habría sufrido una agonía por tener que destruirme. No puedo ser la hija que desea.

Cassandra permanece apartada, como si fuéramos desconocidas que esperan el tranvía. No tendré miedo. No albergaré dudas. Pretendo ser merecedora de su amistad y su cuidado. Me permito mirarla un instante, mientras el alma entera me brilla de amor y gratitud.

Y, entonces, sucede.

Veo que algo parpadea en la atmósfera, a su lado. Una figura masculina la mira. Atisbo a un hombre que lleva un traje barato y un sombrero para taparse la cabeza afeitada. Es uno de los nuestros, una antorcha a la que han capturado y que ahora, a cambio de su vida, usa su melodía de luz para atrapar a otras.

Es una sirena. Y tiene a mi bella Cassandra en el punto de mira.

PRIMERA PARTE

ELSA

Sé que hay algo en la trampa para langostas antes de empezar a subirla. Ahí abajo, en el lecho marino, percibo a la criatura que he atrapado. Se ha comido el cebo y ha intentado escapar de todas las formas posibles, pero sus enormes pinzas no han sido más que un obstáculo. Hago lo que haría cualquier pescador que se precie y me concentro en que Northaven necesita comer. Los envíos de alimentos desde Brightlinghelm son cada vez menos fiables, y no contamos con buenas tierras de cultivo. En lo alto de los acantilados hay páramos y pantanos, no los campos de trigo verdes y dorados que, según cuentan, tienen en el sur. Los temporales destruyeron nuestra última cosecha. En todo esto pienso mientras tiro de la cuerda para sacar la trampa del lecho arenoso y subir a mi barca a la desdichada criatura.

Adoro el azul fundido del mar y el cielo, la espuma salada, guardar el equilibrio con el balanceo de las olas, el resplandor del sol, que el viento me suba el ánimo hasta alcanzar el cielo. Creo que el agua se me da bien por naturaleza, como a mi padre. Mi hermano Piper es un cadete veterano que entrena para la guerra, así que, cuando murió papá, mamá y yo heredamos la barca. Como viuda, se supone que ella no puede

trabajar fuera de la casa, de modo que tuve que aprender yo misma el oficio durante esos días tan oscuros, después de la muerte de mi padre. Él sabía que a mí me gustaba el mar. Creo que lo llevo en la sangre. A él le gustaba el agua. Me llevaba con él cuando yo apenas sabía caminar. Se movía por la barca, sonriente, y me enseñaba las maravillas del mar. Me gustan tanto las olas en movimiento que, cuando bajo a tierra firme, me siento pesada y perdida.

Miro la langosta: una hembra enorme. Veo sus sacos llenos de huevos, guardados a buen recaudo bajo el vientre. Admiro su armadura de color negro azulado y sus ojos sobrenaturales. Cuando empiezo a abrir la trampa, me doy cuenta de que no estoy sola.

Sonrío, encantada, y me recorre un escalofrío de emoción. Rye Tern ha venido.

—¿Cómo va la pesca? —pregunta.

Lo veo o, más bien, lo percibo, en realidad. La melodía de luz no se puede describir con palabras. Rye está conmigo, pero no lo está. Lo veo, pero no lo veo. Está aquí en todos los sentidos, pero sólo lo percibo con el sexto. Se ha apoyado en una fregona y lleva la camisa arremangada. Estará en algún lugar de los barracones, aunque, para mí, es como si estuviera en la popa. El sol brilla a través de él, pero, al aferrarse a nuestras mentes, se vuelve más sólido.

—Estábamos desfilando y vi tu barca, así que conseguí que me pusieran un castigo para poder venir.

Blande la fregona. Su forma de sonreír ante las calamidades hace que me dé un vuelco el corazón.

—Idiota imprudente...

Me vuelvo hacia mi trabajo y contemplo la langosta. Rye se acerca.

—Se te parece un poco.

—Yo estoy mejor defendida —respondo, y me derriro con su sonrisa.

Su luz está aún más cerca. Contra Rye, no tengo defensa alguna.

—Lleva sacos de huevos —le digo—. Así que tiene que volver al mar.

Me inclino sobre la borda y dejo que la reina de las langostas se sumerja en el agua. La vemos desaparecer bajo el azul. Su libertad me alegra.

Rye se pasa por mi barca siempre que puede. Es el único lugar en el que nos sentimos seguros, donde no tenemos que ocultar nuestro amor. Aquí podemos dejarnos llevar por el aire, volando juntos como gaviotas... o escuchar las profundidades. Sabemos cuándo vienen los arenques; percibimos su deslizarse fluido y los oímos cantar la misma nota. A veces hay atunes de aletas amarillas que nadan bajo nosotros, veloces como estrellas fugaces. Y siempre hay medusas flotando en bancos sin rumbo, como las almas de los muertos.

Ahora mismo, sólo soy consciente de su melodía de luz, de su presencia a mi lado. El deseo me retuerce las entrañas al recordar la última vez que lo toqué de verdad. Cuando caía la noche, alguien llamó a la ventana de mi dormitorio. Rye estaba en nuestro jardín, vulnerable, con la chaqueta desgarrada tras una pelea con su padre. Atesoro esa imagen suya. Me viene a la cabeza una y otra vez: la luz de la luna sobre su piel, el dolor que percibía en su interior... Salí por la ventana y él me abrazó. Lo sujeté con fuerza, sin querer hablar, y la intensidad de su cuerpo me robó el aliento. Su olor, sus brazos de hierro, sus labios en mi cuello... No hay nada en la melodía de luz que pueda compararse.